

## EN MEMORIA: EL P. GILBERT, DEJA UN GRAN HUECO EN NUESTROS CORAZONES

MARÍA JESÚS AGUIRRE SALAMERO  
*Ilustradora*

Hace un par de días, repasando los comentarios acerca de la marcha al Cielo de Fr. Gilbert, leí que alguien decía: “*se murió solo*”. Sentí un primer trallazo de pena, pero reaccioné enseguida: solo no, acompañado por el cariño y la oración de todos sus amigos y conocidos. Y esa plegaria especial del Papa y los católicos que rezamos a diario por los enfermos de la pandemia actual.

Escribía hace poco, cuando me enteré de su fallecimiento, cómo supo llevar con entereza y visión cristiana las dificultades. Sus poesías rezuman amor a Dios, la insistente acción de gracias de un hombre que se sabe especialmente amado desde la eternidad.

En su periplo por las distintas clínicas, agradecía todo servicio prestado con una enorme y acogedora sonrisa. Estar con él era una delicia, pues sabía destacar las cualidades de quien le acompañaba a quien quisiera escucharle. De mí —por haberle ilustrado las poesías de uno de sus libros (*Madre España y poemas ilustrados*)— explicaba a las enfermeras de cada turno que era una “*talented artist*”.

Sufrió con alegría y paciencia diversas molestias consecuencia de su enfermedad, casi una decena de operaciones quirúrgicas con las sucesivas recuperaciones... y en cada visita se olvidaba de sí y te recibía con esa sonrisa especial para cada uno, que supongo podrían corroborar tantos amigos y conocidos.

Con uno de mis hermanos, Antonio, también poeta con ese don para expresar la belleza en sencillo discurso, trabó gran amistad y por ello vino a ser como parte de nuestra numerosa familia: disponible ante cualquier acontecimiento, compartiendo ratos hablando sobre literatura, recitando cuentos cortos o poemas en nuestra finca de Barrika...

En una ocasión antes de su marcha a León, tras la penúltima operación, estaba en la UCI de un hospital de Bilbao, convaleciente y dormido. Sus hermanos, en contacto continuo con los médicos, estaban viajando para poder acompañarle. Me acerqué hacia allá para sustituir a mi hermano Antonio y darle la comida. Se alegró al verme y yo de que me reconociera. Hablamos de sus proyectos: nuevos libros de poesía... sonreía encantado, pero notó el cansancio. No en vano estaba absolutamente monitorizado: un equipo de cuidados intensivos vigilaba sus constantes a metro y medio de la puerta. Llegó otro hermano y quise despedirme, cogiendo con cuidado una de sus manos.

No sé cómo... se me ocurrió entonar muy bajito junto a la cabecera de la cama el “Amazing grace” y, como si tuviera un resorte, se sentó en la cama cantando con bella voz de barítono y enorme potencia: “*how sweeeeeet the sound...*”.

El equipo médico dio un respingo y apareció alarmado en el habitáculo. Él seguía cantando y tuve que explicarles que no le pasaba nada, simplemente estaba cantando. Me fui a hurtadillas riéndome por su entusiasmo: “*También tienes una voz bonita*”... La letra de la canción volvía a conectarle con ese Dios a quien tanto amaba.

Mi última conversación con él fue a través del teléfono, estando ya en León. Volvió a agradecerme mis ilustraciones y a encomiar mi talento. Soy consciente de que no era adulación, sino fruto de su cariño. Me recitó varias de las nuevas poesías, con una energía y fuerza encomiables. Y yo pensaba, ¡qué suerte haberle conocido y tratado!...

Porque cuando leo o releo sus poesías, le reconozco en ese ángel que prometía cuidar de todos desde el Cielo “*with loving prayer*”. Ahora en *Recovecos*, su obra póstuma, otro tesoro para seguir manteniendo esa conversación literaria y amigable con él. Gracias Fr. Gilbert, deja un gran hueco en nuestros corazones.